

## Entrevista con Esteban Righi

Por Mona Moncalvillo

Memorias e incertidumbres

Revista Unidos N° 10, Che Modernidad, junio de 1986 12.

Mona Moncalvillo y UNIDOS porfían en hacer oír las voces de peronistas olvidados por su propia "historia oficial". Ya desfilaron Taiana y Jorge Rulli.

Hoy es el turno de Esteban Righi, quien testimonia acerca de un presidente y una época deliberadamente olvidados o encarnecidos por aquellos que quieren un peronismo sin memoria.

Durante casi cincuenta días, el doctor Esteban Righi fue el "poder joven " en el gabinete del gobierno de Héctor Cámpora, donde le correspondió la cartera de Interior. Los hechos más destacados en que debió intervenir, durante su gestión, fueron los copamientos de edificios públicos, cuya conducción estaba cuestionada por el gobierno popular; un famoso discurso denominado "Orden Popular y Revolucionario", sobre el ejercicio de la autoridad y la trágica violencia de Ezeiza, en el regreso de Perón... episodio que, en definitiva, aceleraría su alejamiento del ministerio político.

Righi, abogado, nacido en Resistencia en 1938, fue uno de esos hombres que se acercó al peronismo a comienzos del '70 y que desde la periferia fue metiéndose; el acercamiento en el Liceo Militar General San Martín –donde hizo el secundario– con uno de los hijos de Cámpora le abrió un nuevo panorama político, decisivo en su futuro.

Luego de su gestión ministerial se fue a México. Allá se dedicó más al campo académico y al derecho que a la política. Hace muy poco ha vuelto a Buenos Aires y reabrió su estudio para trabajar en Derecho Penal.

Tratando de insertarse en el Peronismo Renovador, el "Bebe" Righi está disfrutando la nueva democracia, con todas las disidencias que tiene con el oficialismo. Lamenta –con sinceridad– no tener proyectos alternativos y ser poseedor de más preguntas que respuestas.

–Me gustaría que comenzaras contando tu historia política y cómo llegás a ser ministro del Interior durante el gobierno de Cámpora.

–Sí... Pero es una historia no muy original quizás salvo unos pocos aspectos. Es la historia de una generación que fue de frustración en frustración. Entré en la Facultad de Derecho en el año '56, y participé un poco en la actitud de la juventud universitaria de la época, que venía de una militancia de mayoría antiperonista. Podría decir que fueron mis primeras andanzas en política estudiantil porque en el secundario no tuve ningún tipo de actividad, hice el liceo militar... Me enrolé en el reformismo, y vino una época de grandes dudas en la Universidad, o en todo caso de organización. En política nacional, lo que primero me llamó la atención, o lo que me atrajo, fue una política de reconciliación nacional. Y, en ese sentido, la opción de la época, lo razonable, fue la etapa de Frondizi. Sin tener una militancia importante adhería a eso, pero

el entusiasmo me duró, como a muchos de mi generación, sólo los primeros meses de Frondizi. Creo que ha sido una de las grandes situaciones de tragedia para nuestra generación... Fue el primer golpe de frustración, una época de gran desorientación que no se resolvió, inclusive, después de la caída de Frondizi. Nunca fui radical; aunque se piense en algunos círculos que he tenido militancia radical, nunca la tuve. Sí tuve un gran shock, con el golpe de Onganía...

—¿Ese gran shock qué significó?

—Significó que, por lo menos en el medio que me rodeaba, vi cierta dosis de consenso importante. No me explicaba ese consenso y lo viví como una gran tragedia, porque me parecía que el país se embarcaba hacia una dictadura de nuevo sesgo; es decir, con pretensiones fundacionales, sin advertir el gran drama que se vivía. No tenía gran simpatía por el gobierno radical, pero, en todo caso, mi opción fue claramente antigolpista...

—Hiciste el secundario en el Liceo Militar General San Martín, y saliste como subteniente de reserva. Ahí sé que te hiciste muy amigo de Héctor Pedro, uno de los hijos de Cámpora. ¿Tiene algo que ver con tu llegada a ministro?

—Creo que sí... desde un punto de vista causal, no cabe duda... Me hice amigo de Héctor en el último año de Liceo, en el momento en que ellos sufrían el golpe militar, y la amistad se renovó en la Facultad, donde hicimos varias materias juntos. Pero lo que me resultó muy atractivo, después de la amnistía de Frondizi, fue el diálogo con Héctor padre: Esto es, un chico reformista, de origen liberal y con pretensiones progresistas, contrastando con un viejo peronista que volvía del exilio... Fue un diálogo fantástico, que duró del '58 en adelante, y en el cual participaron otros jóvenes. Para mí resultó una experiencia conmovedora...

—¿Cómo era Cámpora padre?

—Era un político con algunas características tradicionales. Pero con una gran audacia. Fue un hombre que, en los momentos de crisis, al revés de muchos políticos argentinos que dan un paso atrás, era de dar pasos adelante. Mi primer contacto serio con el peronismo, fueron las respuestas a todos mis cuestionamientos, las explicaciones de la época, por qué se hizo peronista, qué significaba la experiencia peronista para él... De ahí data mi primera aproximación al peronismo, a partir del afecto, del diálogo, del encanto de un viejo dirigente del peronismo. Este proceso se inscribe en un momento de gran duda para mí después del golpe de Frondizi, la frustración que supuso y la búsqueda de por dónde llegar... Recién lo pude saldar sobre fines de los '60, principios de los '70, porque llegué al peronismo a partir de la democracia. Un poco porque mi argumento era... caramba, si somos demócratas consecuentes, este país debe ser gobernado por el movimiento perteneciente a la mayoría. Esta cosa tan elemental por una parte y, por la otra, el contraste con los gobiernos que se iban dando...

—¿Provenías de una familia gorila?

—No, no, no... pero tampoco peronista. Mi abuelo materno sí fue peronista, pero claro, siendo yo chico tenía diálogos muy ásperos con él, porque no entendía todavía. Mi abuelo era de formación nacionalista; mi padre era un liberal progresista, sin militancia política, de modo que no tengo una formación gorila en la casa. Sí tuve un entorno gorila en la Universidad...

—¿Participaste en el "Luche y vuelve"?

—Claro, pero eso fue posterior... A partir de mi relación con Cámpora comienzo a acercarme al peronismo, me entusiasma la idea, aunque todavía en una relación periférica, hasta que se produce el desplazamiento de Paladino por Cámpora, como delegado de Perón. Para esa época yo ya estaba maduro, estaba peronista, por decirlo de alguna forma, y comienza una tarea de trabajo orgánico en el peronismo. El "luche y vuelve" fue un poco después. Fue la gran tarea de Cámpora, en la cual sí me metí hasta las orejas, un poco a partir de nuestra idea de que debía haber, de una vez por todas, elecciones sin proscripción y que la presencia de Perón en el país era ineludible y necesaria. Cámpora hizo una promesa, al volver de Madrid como delegado, "mi misión es ser el último delegado de Perón". El último delegado de Perón iba a ser aquel que consiguiera que Perón pudiera volver. De modo que contra la opinión dominante, fuera y dentro del peronismo, y revertirla dentro del peronismo no fue sencillo, sí, me metí hasta las orejas por el "Luche y Vuelve"...

—¿Qué tareas de militancia hiciste?

—Más que nada eran tareas de colaboración con Cámpora y de relaciones con los grupos más juveniles del peronismo. Funcioné como una especie de enlace entre la juventud peronista y la delegación. Esa fue mi tarea permanente en esa época, porque tenía grandes amigos en la juventud peronista, aunque me vinculé también a la tarea de defensa de presos políticos. Este sería mi lugar de encuadramiento en aquel momento, pero, fundamentalmente, trabajaba pegado al delegado...

—Pasemos al '73... ¿Cuál era el clima que se vivía? Tal vez eso pueda hacer comprender un poco mejor lo que pasó después...

—Era un clima de gran fervor, de gran expectativa, de gran ansiedad... El país vivía el regreso de Perón y la posibilidad, después de 18 años de exilio, de un sinceramiento importante. Diría que esto sería el dato básico. A partir de ahí, creo que hay en los triunfadores del campo popular, dos tipos de expectativas. Los que creen que hay ahí un momento prerrevolucionario, y los que pensamos que era una muy buena oportunidad para cambiar las estructuras del país, en un proceso largo, difícil, duro y a partir de esquemas democráticos. Este fue el debate de la época. Quizás el fervor del momento, las grandes manifestaciones, el odio a la dictadura, el sentimiento antimilitarista, la gran reivindicación de valores peronistas humillados durante tantos años, podía hacer pensar en un clima como para que el país pudiera vivir una situación revolucionaria. La realidad, me parece, no era esa. La realidad era que se había dado un proceso democrático, que el peronismo había llegado por vía electoral, pero en un cuadro de convocatoria de sectores lo suficientemente heterogéneos, como para pensar en una política de alianzas muy difícil, muy complicada y que requería un proceso muy largo...

—El peronismo había ganado las elecciones, pero las mezclas que tenía dentro eran muy difíciles de amalgamar...

—El peronismo convocó a más de la mitad del país: Con un tipo de liderazgo como el de Perón y, además, con ese proceso de crecimiento que el peronismo tiene a partir de los '60, prácticamente las diferencias que se dan en la sociedad se reproducen en el seno del peronismo.

Crece tanto, que aloja en su seno sectores que tenían expectativas políticas, ideologías y prácticas, muy diferenciadas...

–Entre la "Patria peronista " y la "Patria socialista" ¿cuál elegiste?

–Mirá, creo que esa fue una opción falsa; diría que no me inscribí en ninguna de las dos. Pero habría que recordar qué significaban la patria peronista y la patria socialista. La patria socialista fue un poco la síntesis de las expectativas revolucionarias de los sectores más radicalizados, realmente una utopía. La patria peronista, al mismo tiempo, fue una reacción frente a eso, pero también una especie de vuelta del peronismo sin ningún tipo de actualización, pensando que no había pasado nada en el país desde el '55 hasta el '73, y que reproducir el libreto de los primeros gobiernos de Perón era suficiente, como si la sociedad argentina no hubiera cambiado. De modo que me parece que no era una opción buena, lo que pasa es que se radicalizan tanto la discusión, el debate interno, la lucha, que polarizan dos posiciones extremas y van dejando sin alternativas a los del medio. Pero yo no me identifico ni con la patria peronista ni con la patria socialista. Creo, además, que el conjunto del peronismo no se identifica con ninguna de las dos. En realidad, son lemas de sectores en pugna, cuya característica fundamental es el activismo y el dinamismo, pero no me parece que sean lo representativo de la época. No obstante, creo que en esa pugna triunfó la patria peronista. La patria peronista fue el peronismo del '83. Algunos rasgos del peronismo del '83, que fueron derrotados, pertenecían a la patria peronista. Y creo que salir de la patria peronista es un poco lo que se está intentando con la Renovación. Es decir, es la liturgia, el bombo, creer que el peronismo gana por el solo hecho de presentarse a elecciones, pensar que lo importante son los símbolos y las fotos, que la marcha peronista es lo que resuelve todo...

–Claro, la soberbia de pensar "con el nombre de Perón, ganamos" ¿no?

–Exacto, exacto...

–¿Tuviste relación orgánica con los Montoneros?

–No, no... Ubiquémonos en el momento. Hubo muchos dirigentes de Juventud Peronista que después resultaron destapados como montoneros, y no cabe duda que tuve relación con ellos, pero con lo que después se dio en llamar la conducción nacional o la dirección de este tipo de cosas, nunca tuve una relación orgánica, ni medió una política de aproximación con ellos. En realidad, fue un manejo bastante hipócrita el de montoneros, no fue un manejo explícito el que se hizo en todo ese proceso. Lo que se presentaba sobre la superficie era el cuadro juvenil, pero manejado –este es un fenómeno que no sé si realmente fue así– por una conducción oculta. También aquí habría otra cuestión a pensar, ¿qué era lo importante, la gente que andaba en la calle, los dirigentes de Juventud peronista que militaban, o esta dirección oculta? ¿Cuál es el fenómeno importante del proceso de entonces? Yo creo que lo importante son los dirigentes de juventud peronista y la política que ellos expresaban. La dirección oculta, en realidad, nunca tuvo el poder de convocatoria que tuvo juventud peronista. Es decir, juventud peronista me parece que políticamente es un fenómeno mucho más masivo y trascendente que montoneros.

–¿Cámpora se dejó manejar, en alguna manera, por los montoneros?

–No, no; creo que no... tal vez puede ser admisible en los momentos en que el proceso se radicalizaba tanto que el centro del peronismo desaparece y es ocupado solamente por Perón, que Cámpora puede haberse visto atacado por un sector y abrazado por otro, pero durante toda su conducción, mientras fue delegado de Perón y durante su breve gestión presidencial, e incluso posteriormente, nunca tuvo adscripción a sector alguno y no creo que se haya dejado manejar por los montoneros, de ninguna manera.

–Ha quedado un poco la imagen de que Cámpora no fue demasiado buen político, porque se dejó manejar mucho por los hijos.

–Claro, lo que pasa es que con Cámpora hay un prejuicio de la clase política argentina. Creo que cuando lo nombran, cuando Cámpora es designado delegado de Perón, la clase política argentina tiene una actitud de desdén. Pertenece a los viejos dirigentes peronistas que la clase política argentina "democrática" ha despreciado siempre. Después se produce el fenómeno del "tío", que no les resulta fácil explicar de ninguna manera: "¿Cómo es posible que un personaje, al cual nosotros despreciamos, pueda ser protagonista de esta clase de episodios? Tiene que ser manejado por alguien..." Lo manejan los hijos, lo manejan los montoneros, lo maneja el entorno, alguien lo tiene que manejar... Esto pasa a veces en la sociedad argentina. Algunos sectores tienen un cierto esquema y cuando la realidad no se acomoda a esos esquemas, tienen que inventar algún tipo de conspiración o de fenómeno no explicable. Es cierto, la sociedad argentina ha sido bombardeada con esa imagen, pero es absolutamente falsa, no hay datos que la certifiquen...

–Si tuvieses que hacer una crítica, ahora, con más perspectiva, de los errores que cometió Cámpora, ¿en qué dirías que se equivocó?

–Creo que se equivocó, quizás, en algunos aspectos de su relación con Perón. Habría que pensarlo un poco más... Creo que él hubiera quedado en situación menos vulnerable si no hubiese sido candidato a la presidencia de la República. Lo que pasa es que Perón lo eligió y Cámpora aceptó la designación, pero creo que si él hubiera cerrado su cielo político con Perón en el país y la campaña electoral por delante, no hubiera habido elementos que le permitieran a algunos sectores hacer el tipo de impugnaciones que después se hicieron. En cuanto a la gestión presidencial, yo no sé si hacerle críticas... Lo que habría que hacer es una caracterización de qué tipo de gestión fue. Fue la gestión de un presidente vicario que se sabía vicario, pues tenía el realismo político como para saberse vicario. En ese sentido, fue claro, sobre todo después que Perón volvió, que el meridiano político del país no pasaba por la casa de gobierno, sino por la casa de Perón. Y esto también tiene que ver con la renuncia. La renuncia ha sido explicada, en algunos aspectos, en forma bastante esquemática. Los sectores de la derecha peronista, por etiquetarlos de alguna manera, la explican como un desplazamiento, como una especie de empujón. El propio Cámpora la explica como un acto de lealtad. Yo creo que fue un acto de lealtad, pero es una verdad parcial. Porque además de eso, fue un acto de realismo político. Es que el país, vivo Perón, no podía ser gobernado por otro, era absurdo. Muerto Perón, se tornó ingobernable... Entonces, la realidad indicaba que había que hacer coincidir el poder formal, esto es la presidencia de la República, con el poder real, que residía en Perón. Y eso fue lo que Cámpora hizo. Lo único que pasó es que el estilo y la enfermedad de Perón dilataron un poco la decisión, la implementación de la medida, y eso también desgastó al gobierno. Hubo un

momento en el cual prácticamente el gobierno estaba de "salida", pero todavía no se ha hecho pública la medida...

—¿Llegaste a tener poder como ministro del Interior?

—Yo no estoy muy claro en qué significa la diferencia entre gobierno y poder, que fue uno de los lemas de la campaña electoral. Se ve claro en el ejemplo de Perón; se ve claro en el ejemplo de los sectores de gobierno, pero en el caso del ministerio del Interior, el área de competencia que nos fue asignada, fue usada, salvo en un ejemplo, como es el caso de Ezeiza. A una pregunta tan directa te contestaría que ningún funcionario llega a tener poder en un par de meses. En ese sentido nunca tuvimos poder... Mi gestión duró desde el 25 de mayo al 13 de julio del '73, no alcancé a cumplir dos meses, imposible tener poder en ese tiempo... Es más, en toda la época de Cámpora el poder no se inscribe claramente en el gobierno. Esto, traducido en el caso de Alfonsín, es lo que me crea dudas, decir que Alfonsín no tiene el poder, es bastante relativo, porque a veces se convierte en un pretexto para no hacer cosas...

—¿Cuál era tu cuota de poder dentro del peronismo?

—El poder interno era el que me podía transmitir el presidente... ¿Quién tenía el poder interno del peronismo en aquellos tiempos?... Perón, la CGT, la CGE; Cámpora, mientras fue delegado y presidente, tuvo algún poder interno; López Rega, sin duda, tenía poder interno; la juventud peronista tenía un poder significativo... No, en ese sentido no tuve poder. Fui un asesor del delegado y lo que tuve fueron las posibilidades que da una asesoría de este tipo. Por ejemplo, poder en el sentido de manejar el aparato que depende de Interior, yo creo que lo hubo, y lo hubiera podido seguir desarrollando después. Ahora, más difícil es la pregunta si se vuelve hacia el interior del peronismo, eso ya es más complicado...

—En esa época hubo tres discursos de gran repercusión, el de Carcagno a las Fuerzas Armadas, el del embajador Jorge Vázquez, en Naciones Unidas, y el tuyo a la Policía, que fue definido como "Orden popular y revolucionario", en los primeros días de julio del '73. Cuando hiciste una síntesis de tu gestión, consignaste la liberación de los presos políticos y sociales el 25 de mayo, la ley de amnistía, abolición de los tribunales especiales, derogación del cuerpo legal penal "montado por la dictadura", que fueron unánimemente aprobados. También dijiste que la policía tenía que estar al servicio del pueblo, con tareas específicas. Cualquiera de estos ítems hoy no parecen demasiado graves, pero en ese momento creo que fueron muy cuestionados y algunas cosas siguen siendo cuestionadas; el caso concreto de la liberación de los presos políticos.

—Uno de los dramas de la época era una enfermedad que la sociedad argentina padece desde los '60, que fue la práctica de la violencia. La gran pregunta de entonces, y creo que todavía no está resuelta, es cómo se pacifica a la Argentina. Eso se inscribe dentro de una de las estrategias posibles. La estrategia se puede sintetizar diciendo "la idea del estado de derecho hay que llevarla hasta sus últimas consecuencias". No hacer ningún tipo de concesiones al autoritarismo. El punto es saber que éste es un programa largo; en todo caso el discurso, si nos hubiéramos quedado, hubiera sido nada más que un punto de partida. Había que aguantarse el chubasco que significaba salir de la violencia. Esto significa que, primero, pensábamos que un sector importante de la guerrilla argentina había sido arrastrado a la guerrilla por los sucesivos

golpes de Estado. Esto es, que en la medida en que el país se organizara democráticamente, y hubiera opciones políticas institucionales, ese sector tenía que abandonar progresivamente la guerrilla y pasar al plano político institucional. Es una cosa que, por otra parte, se ha experimentado en muchos países. No es un camino sencillo, porque además luchás contra quienes piensan que la vía armada es la solución. En todo caso, un gobierno democrático, consecuente, es el único que está en condiciones de imponer una solución de este tipo. La idea era que pasado un tiempo, no demasiado corto, pero tampoco demasiado largo, los grupos que pensaron en la vía armada, iban a quedar aislados, reducidos a lo que realmente pueden ser razonablemente en la sociedad argentina.

–Pero al liberar, por ejemplo, muchos presos, la mayoría de ellos volvieron a la lucha armada. ¿Fue un error esa liberación?

–No, no; no hay absolutamente ninguna continuidad entre los métodos que se habían implementado hasta ese momento y los que iban a empezar. Vos tenés que arrancar de un país cero kilómetro; esa expresión no es mía, es de Tróccoli cuando en una conversación privada, siendo presidente del bloque radical, me asegura el voto radical para la ley de amnistía. Tiene razón, es cierto, es así... Es decir, podía haber cuentas nuevas y el Estado tenía que cobrar las cuentas nuevas, lo que no podía era, si quería inaugurar una nueva etapa, empezar con la herencia del pasado...

–Fijate qué curioso... Muchos radicales han criticado esa famosa ley de amnistía...

–Sí, pero fijate cómo la han criticado. El propio Tróccoli, en los años de la dictadura, dijo que ellos votaron esa ley engañados o amenazados, o en virtud de que no habían comprendido la magnitud del fenómeno guerrillero. Lo que pasó es que no había que ponerse nerviosos, íbamos a tener provocaciones de todo tipo, de hecho las tuvimos, el asunto era no entrar en ese juego, manteniendo el rumbo. Por supuesto, llega un momento en que sí, no hay más remedio que usar la represión. Todo gobierno, en algún momento, tiene que usar la represión. El hecho de que haya cárceles en un país, indica que hay una cuota de represión que toda sociedad debe utilizar. El punto es, no si usamos la represión o si no la usamos, sino cómo y cuándo la usamos. La pregunta es qué ha hecho ese Estado, qué programas ha implementado para evitar usar la represión. Un gobierno democrático también usa la represión, sólo que la usa en el último momento, como último remedio, cuando ya no tiene salida. El gobierno autoritario usa la represión como primera forma, es su primera respuesta.

–Después de una dictadura militar ¿cómo hace un gobierno democrático para que esas fuerzas, la policía, por ejemplo, puedan cambiar? ¿Es factible cambiar la estructura de la policía por dentro y que, realmente, se pueda adaptar a ese cambio de gobierno?

–Es complejo... es el límite que tiene todo cambio político por vía democrática. Indudablemente, no se pueden cambiar los cuadros policiales de la noche a la mañana en su totalidad, porque eso supone un desorden total y una falta de respuesta del Estado si es que necesita el aparato policial. Ni siquiera se puede cambiar la mentalidad de la noche a la mañana. Creo que habría que hacer dos cosas: cambios progresivos y sostenidos y docencia. En la docencia se inscribe el discurso, o sea, repetir hasta el cansancio cuál es la línea, e ir privilegiando en los cuadros de conducción de los organismos de seguridad, aquellos elementos o profesionales

que van dando pruebas de que se inscriben en esa dirección. Pero no se puede hacer de la noche a la mañana, en esto no cabe ninguna duda.

—¿No creés que tal vez te faltó estrategia para presentar esto?

—El problema estaba en el grado de homogeneidad que tenía el gobierno. Un gobierno homogéneo tiene tiempo para llevar adelante una política sostenida. Si en el gobierno ésta hubiera sido la idea dominante, probablemente el discurso no hubiera sido necesario, y hasta podría ser contraproducente, pero teníamos un problema interno serio. López Rega estaba en el gabinete, y sus respuestas represivas se dieron en las primeras reuniones... De modo tal que el discurso se inscribe también en la lucha interna. No era solamente una tarea policial, sino también enfrentar las impugnaciones que se daban en el seno del peronismo. En esas condiciones no se podía hacer nada... Esto es claro...

—Algunos sectores sostuvieron que encuadraste el Ministerio del Interior en un errado concepto de seguridad pública, en contra de unos y a favor de otros. "A favor" de la izquierda peronista, obviamente...

—Lo que pasa es que la izquierda peronista había sido básicamente la destinataria de la represión en toda la época anterior. En ese sentido, es claro que si se descomprime, si no se usa un mecanismo represivo como el que se venía usando, los sectores afectados son los beneficiados, pero me parece que el argumento es bastante endeble... No es que se privilegie a nadie, se ponen reglas de juego nuevas. Es evidente que en un sistema represivo hay beneficiados y perjudicados y que cuando se cambian las reglas de juego, los beneficiados ya no lo son tanto y los perjudicados pasan a tener derechos. Esa no es una impugnación razonable...

—¿Creció mucho durante esa época el SIDE, la Secretaría de Informaciones del Estado?

—Bueno... yo no tuve nada que ver con el SIDE. El SIDE estaba manejado por el brigadier Apicella, era un organismo que dependía directamente de Presidencia. Te diría que en mis contactos en aquel tiempo, me pareció un organismo básicamente ineficiente, por lo menos no estaba al servicio del gobierno. Recuerdo en el tema de las ocupaciones, que fue uno de los primeros problemas que enfrentamos, que el SIDE tenía una tendencia a magnificar la cantidad de ocupaciones. Era, de alguna manera, partícipe de toda esa campaña de creación de una opinión pública inquieta y nerviosa...

—Explicá un poquito lo de las ocupaciones, porque quizás la gente no lo recuerde...

—Cuando asumimos el gobierno, la lucha interna hizo que diversos sectores fueran ganando posiciones por vías de hecho, con la idea de conseguir mayores tajadas de poder. Entonces se produjeron ocupaciones pidiendo el relevo de los funcionarios del gobierno militar que nos había precedido; se produjeron ocupaciones porque designaciones que no satisfacían las expectativas de algunos grupos; se produjeron ocupaciones para contrarrestar las ocupaciones de los otros grupos. Y enfrentamos el problema. Ahí viene el primer desafío y la primera inquietud de algunos sectores del gobierno, en el sentido de usar la policía para hacer cesar las ocupaciones. Nosotros optamos por respuestas de tipo político, esto es tratar de aguantar el chubasco, convencidos de que era un proceso que iba a cesar. En algunos casos hubo que jugarse políticamente; por ejemplo, Gelbard nombra a Zubiri en Obras Públicas y se toma el Mi-

nisterio, y yo fui personalmente a acompañar a Gelbard para reimplantar a Zubiri, no porque me gustara o me dejara de gustar la persona que él había designado al frente de Obras Públicas, sino, simplemente, para ir recuperando autoridad y poniendo la casa en orden. La casa se puede poner en orden sin necesidad de usar el garrote, si se tiene paciencia...

—Y ahí faltó paciencia...

—Faltó paciencia. Como siempre falta cada vez que hay una apertura democrática... Cada vez que hay una apertura democrática y los controles se hacen menos férreos, no sólo en la Argentina, reproducen ciertos fenómenos sociales; por ejemplo, aumentan los índices de criminalidad. Esto es claro. Es que en una época represiva baja el delito, porque la gente tiene miedo, pero al descomprimirse, también los delincuentes dejan de tener un poco de miedo... Algunos índices de delincuencia es el precio que se debe pagar para poder vivir en paz, porque si no, desaparece la seguridad para el conjunto. Esto es característico de los sistemas democráticos. La cuota de desorden que se debe soportar, es el precio que se debe pagar para poder vivir tranquilo. La sociedad no se puede acostumbrar a vivir en democracia de la noche a la mañana, y esto fue un poco lo que pasó en el '73; faltó tiempo, evidentemente. Creo que la lucha interna del peronismo agotó el proceso muy rápidamente, impidiendo que se afanzara el método. El otro método fue el que se ensayó después... No cabe duda de que la dictadura militar tuvo éxito en la eliminación de la guerrilla, el problema es el costo social. La guerrilla ha dejado de ser un fenómeno importante en la sociedad argentina, lo que pasa es que hay 30 mil desaparecidos; estos costos sociales eran los que no se debían pagar para resolver el mismo problema. Esa fue un poco la apuesta del Ministerio del Interior en el '73, con todos sus errores, sus apresuramientos... Esa era la línea. Si no se entiende esto, claro, el discurso no se entiende; no se entiende por qué disolvimos tribunales especiales, no se entiende por qué derogamos leyes penales, o no se entiende por qué liberamos presos...

—¿Quiénes formaban el "entorno" de Cámpora?

—Tenía tres asesores en los cuales confiaba, que eran su sobrino, Mario Alberto Cámpora, que hoy es embajador en los organismos de desarme, Héctor Pedro Cámpora, que es su hijo, y yo. No sé si definirlo como un entorno, realmente a mí no me parece que fuera un entorno; no existe ningún dirigente político que no tenga gente a la cual consultar... El entorno es otra cosa, es una especie de barrera entre el dirigente y la realidad. Y yo creo que nosotros nunca fuimos eso. Tenía gente allegada, gente que colaboraba con él, pero entorno en el sentido de grupo que establece distancia entre el dirigente y el fenómeno político que maneja, yo creo que no...

—¿Qué relación tenía con la juventud peronista?

—Una relación buena, porque como Perón impulsó la incorporación de la juventud en aquel momento, y Cámpora lo implementa, lógicamente se establece un mecanismo de aproximación. Indudablemente, durante la etapa del "Luche y vuelve", esa gran apuesta política de Cámpora, la juventud fue su gran aliada, en un momento en el cual el conjunto de la sociedad argentina era escéptico. Es decir, a favor del retorno juegan, Perón, su delegación y la juventud peronista, esto es así. Poco a poco se va incorporando nueva gente que va creyendo, pero en el momento en que se lanza parecía una aventura loca... En el seno del peronismo, inclusive,

acordémonos de la época, hubo gente que no creyó en esto y que le fue a decir a Lanusse que no iba a ocurrir...

—A veces cuesta entender esa relación y lo que pasó después, cuando Perón convocó varias veces a los líderes de la juventud. Nunca hubo una propuesta concreta, nunca llevaron ideas a implementar para el futuro. Parece que hubo como un desajuste entre la juventud que maneja Cámpora y la juventud que viene poco tiempo después... ¿Por qué se produce ese desfasaje?

—Hay una explicación que me parece que podríamos considerar. Durante toda la época del "luche y vuelve", la juventud radicalizada peronista tiene un discurso político y una actitud frente a la sociedad argentina bastante parecida a la de Perón, y yo creo que esto, que es un dato de la realidad, hace que no haya grandes fricciones entre Perón, la juventud peronista y la delegación. Es decir, hay un interés común. Esto hace que la juventud peronista, o por lo menos algunos líderes de montoneros, piensen que Perón está conduciendo un proceso que es más o menos el mismo que ellos quieren, o que se va a apoyar en ellos para hacer el gobierno que viene, o que ellos lo pueden manejar a él. En todo caso, al tener un discurso similar y una actitud parecida, se da, naturalmente, una buena relación y un punto de coincidencia. El punto de coincidencia se rompe en el momento en que Perón pasa a conducir el peronismo y, mucho más, el país. En ese momento creo que hubo algún tipo de divorcio que se da por la diferencia de proyectos. A mí me parece que el gran error de esos sectores fue discutir el liderazgo de Perón. Ahí empezó el tire y apriete. "Hay que crearle hechos consumados a Perón, demostrarle nuestras fuerzas"... La fantasía de alguna gente era que Perón conducía a partir de los estímulos que recibía, ésta fue una fantasía bastante difundida en ese entonces. Había que demostrar nuestra fuerza, y a partir de esa demostración "Perón va a hacer lo que nosotros queramos"... ¡Un disparate!

—Subestimaban a Perón...

—Y, además, no medían correctamente cuál era el rol de cada uno de ese momento. Fue un pecado de soberbia...

—¿Cámpora pensó en un liderazgo alternativo al de Perón?

—Yo diría que no hay ningún elemento en la conducción de Cámpora que pueda hacer pensar en un liderazgo alternativo. Fijémonos en lo que hizo... Perón lo designó delegado y su tarea fundamental fue el "luche y vuelve". Luchó por traerlo a Perón, esto es por traer el líder. Después asumió la presidencia porque no se podía voltear la cláusula proscriptiva. Inmediatamente renuncia y se va de embajador al exterior. Recién regresa al país al velatorio de Perón. Nunca, en vida de Perón, a Cámpora se le pasó por la cabeza participar de ningún grupo. Cámpora fue un gran adversario del vandomismo en las épocas del vandomismo; nunca participó de sectores internos que hicieran política al margen de Perón...

—Mi pregunta apuntaba a si Cámpora no había incentivado, de alguna manera, a algunos grupos juveniles para que fueran esa conducción alternativa...

—Creo que la figura de Cámpora creció; creció en el "luche y vuelve", creció durante la campaña electoral y creció en los pocos días de su gobierno. Y eso fue visto como un peligro... Creo que los primeros sorprendidos con la renuncia de Cámpora fueron Isabel y López Rega; porque

me parece que no creyeron nunca que él no tenía pretensiones de liderazgo alternativo. Eso explica la agresión contra Cámpora. Pero no hay ningún dato en contrario... Si alguien me puede traer un dato que indique que Cámpora hizo algún movimiento que pueda hacer presumir que tenía pretensiones de liderazgo alternativo, podemos entrar a considerar...

—Yo creo que hubo sectores de la juventud que creyeron que eran quienes podían conducir el país, con esa soberbia de la que hablás...

—Sí, sí, sí... Y en una política en la cual, en determinadas etapas, les convino la figura de Cámpora. Han tenido una relación muy errática con Cámpora. Hubo momentos en los cuales lo atacaron, hubo momentos en los cuales lo levantaron. Cuando Cámpora tomó distancia de ellos, se pusieron muy nerviosos y lo agredieron, ahora que murió, lo acaban de levantar de nuevo...

—¿Cómo encaró Cámpora la relación con las Fuerzas Armadas?

—En ese sentido, no cabe duda, fue un hombre de lucha institucional. Si se trata de su relación con las Fuerzas Armadas, él fue una víctima del sector dominante de las Fuerzas Armadas en el '55. Nunca tuvo buena relación con las Fuerzas Armadas, salvo en la primera época de Perón. Desde el '55 tiene mala relación con las Fuerzas Armadas, esto es así... Cuando se produce la campaña electoral, define una política de Fuerzas Armadas que debe haber sido minoritaria en el seno de las mismas. Creo, además, que la política de Carcagño, y su discurso en Caracas que se inscribe en la misma línea, en ese momento también era minoritario en las Fuerzas Armadas; si no, no se explica lo que después pasó. En ese sentido, más que desmilitarizar el país, lo que creo que Cámpora hizo fue inscribirse en una corriente que piensa en un rol distinto para las Fuerzas Armadas en la Argentina. No era un antimilitarista en el sentido de los viejos liberales, entre otras cosas porque Perón era general, era un gran militar; él tenía una relación con Perón que no permitía un antimilitarismo a la usanza de los gorilas en una época, esa retórica antimilitarista y esa búsqueda de los cuarteles que caracterizó a algunos grupos argentinos. En cuanto a la lucha armada, nunca fue un practicante de esto ni cosa parecida, ni la incentivó. Lo que sí hizo fue incentivar a la juventud peronista. Si parte de ésta después se pasa a la lucha armada, es otro fenómeno, que, por otra parte, se explicita mucho después en el peronismo. Los dos fenómenos de militarización argentina son el del militarismo de las Fuerzas Armadas y el del militarismo de los grupos contestatarios. Me parece que, en ese sentido, él estuvo muy distante de ambas experiencias...

—¿Quién organizó Ezeiza?

—La etiqueta que organizó Ezeiza fue del movimiento peronista. El movimiento peronista tenía en ese momento una situación que podemos describir de la siguiente manera. Perón estaba en Madrid, él era la conducción del movimiento peronista; había un gobierno peronista que acababa de asumir, el presidente era Cámpora, y había una conducción local, totalmente desbordada por el fenómeno de toma del gobierno, o sea, un consejo nacional que en ese momento no era significativo. Entonces, cuando se dice que fue el movimiento peronista, lo que se está diciendo en realidad es "no fue el gobierno como tal, sino el movimiento que condujo Perón desde Madrid". Lo que pasa es que quien en la práctica llevó adelante esa relación entre Perón, que estaba en Madrid, y el movimiento, que estaba en el país, fue López Rega... Durante algunas semanas se discutió quién debía controlar la seguridad. Había dos posibilidades.

Una, que se hiciera cargo el gobierno a través de sus organismos de seguridad; los organismos de seguridad involucrados eran la policía federal, la policía de la Provincia de Buenos Aires y, en alguna medida, la aeronáutica, que tenía que ver con el aeropuerto. Tomar esa decisión tenía un costo político importante. Estaba dado por el hecho de que si la policía era la encargada de custodiar la seguridad de un acto peronista, aparecía como una suerte de divorcio entre el gobierno y el pueblo peronista, porque esa policía era la misma que había estado enfrentada en las calles con el movimiento peronista, hasta pocos días antes...

—¿Por eso no tomó participación la policía?

—Digamos que ese era el inconveniente... La alternativa fue que lo hiciera el Movimiento a través de sus estructuras organizativas. Se creó una comisión especial que tomó a su cargo todo el mecanismo de organización. Pero esto tenía la dificultad de que para poder hacerlo, se requería un tipo de conducción lo suficientemente representativa y no sectorizada, como para garantizar que no iba a haber disturbios, provocaciones, desfases y que no se iban a ver favorecidos unos sectores sobre otros. El riesgo era que estas distorsiones ocurrieran. En la medida en que López Rega aparecía motorizando esta posición en el seno del gobierno, Interior adoptó la posición contraria. Esto es, impulsar que fueran los organismos de seguridad —a pesar de todo— los que garantizaran la seguridad del acto. Y lo que pretendíamos era una presencia policial más cercana, más realista, más inmediata; es más, presentamos un plan en este sentido, que organizó el general Ferrazzano, el jefe de la policía. El debate se fue prolongando, y aunque se tomó la decisión de que hubiera una comisión organizadora, siguió pendiente la decisión, hasta el final, de quién iba a hacerse cargo de la seguridad; era un tema central...

—¿Quiere decir que hubo un clima previo de confrontación?

—Hubo un clima previo en el cual estas dos posiciones confrontan; obviamente traducen la desconfianza del Ministerio del Interior hacia la comisión organizadora, y el deseo de la comisión organizadora de hacer un acto que favorezca determinado tipo de proyecto político. La decisión se tomó en un pésimo momento, pues el presidente estaba en Madrid con Perón. El titular del Poder Ejecutivo era Solana Lima que, evidentemente, no era un hombre con posibilidades —esto vaya en homenaje a Lima— de imponer la mejor solución. Entonces se impone la otra solución, en una reunión muy difícil, muy crispada, en la cual, inclusive, Fautario dice que él no está de acuerdo y que le parece que no está suficientemente garantizada la seguridad, y Ossinde afirma que él se hace cargo de la seguridad. Es decir que él asume la responsabilidad. Hay un acta en este sentido y está publicada...

—¿Quién integró, finalmente, esa comisión organizadora?

—La comisión se integró con Ossinde a la cabeza, Norma Kennedy y Brito Lima como personajes centrales; hay también alguna presencia sindical y hay algunos nombres que figuran simbólicamente, pero que no tienen ningún peso, como es el caso de Abal Medina, que lo tuvieron que poner porque todavía era secretario general del movimiento peronista, pero que ya estaba muy golpeado políticamente. En rigor, todo el operativo se monta con López Rega, desde Madrid, mandando télex, y Ossinde recibéndolos acá e implementando esas instrucciones. Las pretensiones políticas eran diversas. La CGT, los sectores sindicales, querían ocupar los primeros trescientos metros de público frente al palco, y hacer prevalecer lo que podríamos llamar

el proyecto de la patria peronista; los más sectorizados de la comisión, y los grupos más fascistas vinculados a ella, entre los cuales están los grupos del general Iñíguez, por ejemplo, pretendían hacer una suerte de pueblada, de donde surgiera el proyecto Perón presidente, y quizás en algunas mentes locas tomar la casa de gobierno e, inclusive, provocar un desplazamiento inmediato de Cámpora. Y en la juventud peronista, ocupar los trescientos metros en contra de la conducción sindical, para hacerle sentir su presencia a Perón, ya bajo el criterio falso de sostener su relación con Perón desde posiciones de fuerza, sin duda opuestos a los otros dos proyectos; y chiflarlo a López Rega cuando saliera en público... Probablemente, a Isabel no le hubiera ido del todo bien; aunque, quién sabe, porque todavía no se la visualizaba como un elemento tendenciado. Creo que en ese caso hubiera tenido Cámpora un buen trato de la juventud peronista, porque veníamos de la época de la campaña electoral. Pero, básicamente, éstos fueron los sectores que lucharon por los primeros metros frente al palco...

—¿Cómo se origina el tiroteo?

—Hubo varios momentos de desajustes y algunos tiroteos, pero el episodio central, que después hizo frustrar el acto y generó la tragedia, fue una columna que venía de La Plata, por un sector lateral, y se abrió paso haciendo pensar a la gente del palco, desde mi punto de vista, que iban a verse rodeados y temer por su seguridad. Ahí empiezan los tiros. No podría decir si desde el palco, porque yo no estuve realmente, pero las versiones son múltiples. La reconstrucción posterior indicaría que uno de los primeros tiroteos se dio entre una gente apostada en un grupo de árboles, relativamente cerca del palco, y el palco. Quién empezó, no sé... Parece ser, según la investigación de Horacio Verbitsky, que fueron dos sectores vinculados a Os-sinde que se tirotean entre sí, pero esto ya corresponde a la reconstrucción policial. En realidad, me da la sensación de que esos fueron los grupos que iniciaron el tiroteo mayor, sin que pueda dar seguridad del momento justo en el cual comenzó el tiroteo...

—Como ministro del Interior, ¿te sentiste desbordado, en la organización de Ezeiza?

—Yo estoy absolutamente seguro de que lo que nosotros habíamos impulsado hubiera evitado la tragedia, pero, sin duda, no satisfecho porque no lo pudimos hacer prevalecer. En ese sentido se puede hablar de desborde, aunque en realidad la palabra desborde parecería indicar que hubo un plan nuestro superado por los acontecimientos. La realidad es que la gente de Bienestar Social, porque en definitiva eran todos funcionarios de Bienestar Social los que organizaron el acto, fueron los desbordados. El ministerio del Interior no tuvo participación en el episodio. Pero, después, ¿cómo le explican a Perón?... Ahí vienen dos tipos de explicaciones. Una, fueron agentes externos al peronismo que hicieron una provocación; ésa fue la primera explicación que dieron... grupos infiltrados. Y la otra, la culpa fue del ministro del Interior, porque con esa política que ha impulsado de que no se use la represión, la gente se siente absolutamente libre y hace lo que se le da la gana... Esa idea de que el ministerio del Interior fue desbordado, es la que usan; es esa política la que se quiere hacer ver como fracasando, cuando, en realidad, lo que fracasó fue la organización del acto montada sobre otras bases...

—¿Cuántos muertos hubo?

—Catorce... Y no hay ningún elemento de juicio que indique otra cifra...

–Se habló de cientos de muertos...

–Sí, se habló de muchas cosas, pero no hay datos... ¿Dónde están, dónde fueron a parar...?

–¿Vos qué hiciste durante y después de Ezeiza? ¿Dónde estabas?

–Estuve en el Ministerio a la mañana temprano, volamos a Morón y de allí fuimos al aeropuerto. El vuelo se demoró un poco, quise hacer una recorrida y llegarme hasta el palco, no pude llegar y en ese momento se acababa de producir el tiroteo. Encuentro una comisión policial que estaba allí, que me contó lo que estaba ocurriendo. Por ahí Ossinde anda diciendo que yo di la orden de hacer retroceder a la policía, lo cual es un disparate gigantesco. Volví a Ezeiza, busqué a la gente de la comisión organizadora para pedirle explicaciones de lo que pasaba, y lo encontré a Ossinde, totalmente desbordado, en la habitación de un hotel donde, después, se demostró que incluso habían torturado gente. El hombre estaba totalmente fuera de sí y me di cuenta de que no había nada que hacer con él, creo que tuvimos un cambio de palabras, pero nada importante en términos políticos, y me trasladé a buscar a Lima para convencerlo de que, por los datos que la policía me daba, no era conveniente que Perón bajara en el aeropuerto. No costó mucho trabajo convencerlo, él habló al avión y Perón bajó en la base aérea militar en Morón. Me trasladé en helicóptero al lugar donde iba a bajar el avión, los esperé, traté de explicar, pero no se podía explicar demasiado... Perón y Cámpora se fueron a la residencia de Olivos con sus allegados, entonces volví a la Casa de Gobierno, donde me quedé hasta muy tarde en la noche. Ahí tuvimos noticias de cuántos muertos había y tratamos de organizar la asistencia. El dato de entonces era que había catorce muertos, en los días posteriores no se tuvieron datos de más víctimas, y después tampoco...

–¿Hablaste con Perón?

–Tuvimos un diálogo, en el cual López Rega, que estaba totalmente desaforado, decía que la culpa la tenía el Ministerio del Interior por esa política loca que había permitido ese desorden; le dije al General que no era cierto, que después se iba a aclarar cómo eran las cosas... Fue un diálogo muy breve...

–¿Y Perón qué te dijo?

–Nada... Perón casi ni hablaba. Hubo un momento en el cual le dijeron que eran grupos infiltrados del ERP los que habían armado el tiroteo, y la pregunta que él hizo, bastante razonable, fue: "¿Y dónde estaban los nuestros?"...

–¿Qué impresión te causó el discurso del 21 de junio del general Perón?

–El discurso preanuncia lo que va a venir después; es un discurso en el cual él consolida la idea de que viene como prenda de paz, y anuncia que no va a tolerar pretensiones de liderazgo alternativo. Creo que son los dos datos centrales del discurso, habría que releerlo quizás, pero tengo esas dos sensaciones. El discurso de Perón me reafirmó en la idea de que debía ser presidente, de que no tenía viabilidad un proyecto de gobierno en el cual el titular del Poder Ejecutivo no fuera Perón. Esto me pareció lo central del discurso...

–¿Ezeiza te costó la cabeza?

–No, creo que no... En la medida en que se produjo un interinato manejado por Lastiri, yo no podía ser ministro del Interior de Lastiri. Además, no creo que Lastiri me hubiera designado, estaba claro que me tenía que ir. Además, francamente, tenía ganas de irme con Cámpora en ese momento. Después de Ezeiza hubo dos reuniones de gabinete importantes, el 21 y el 22 de junio. Se reunió el gabinete con la comisión de regreso, la cúpula de la CGT y las autoridades del Movimiento, y se debatieron los hechos de Ezeiza, quedando muy clara la responsabilidad de Ossinde y su gente, absolutamente clara. Se nombró una comisión investigadora, que integraron Solano Lima, Taiana y no me acuerdo quién fue el tercero, me parece que Puig, que estaba con Cámpora en Madrid, que hace un informe, pero el debate es tan desfavorable que a la reunión del día siguiente no vino Ossinde; no podía sostener su punto de vista, estaba totalmente liquidado, lo salvó López Rega...

–¿Qué opinás de la "Ezeiza" que escribió Verbitsky?

–Tengo alguna diferencia con la interpretación política de Verbitsky. Es el libro que, en definitiva, recoge más sobre Ezeiza y que más dice sobre Ezeiza; habría que hacer otra cosa, en todo caso, más que criticárselo.

–¿Leíste la nota de "Unidos"?

–Sí, y no estoy muy convencido... Yo me ubicaría a mitad de camino entre los dos, porque el libro, por lo pronto, tiene documentación que nadie tocó... Creo que le falta investigación y le falta ecuanimidad, pero es lo más que se ha hecho sobre este tema; más que criticarlo habría que profundizar la investigación, o hacer otra cosa, pero no me gustaría agotarme en la crítica. Mi punto de vista sería eso es mejor que nada, que era un poco lo que estaba pasando...

–¿Cómo fue tu exilio? ¿Cuándo partiste exactamente?

–Me fui en octubre del '74. La primera cosa que te diría es que fue muy largo... Qué se yo... Fue afortunado el exilio, si no estaría muerto, Mona... No me puedo quejar del exilio, realmente, no me puedo quejar... Es una gran carencia, se sufre mucho, pero al lado de lo que ha sufrido este país, no tiene sentido hablar del exilio...

–Me parece hasta generoso no quejarse...

–Te diría que lo pasé horrible, pero acá me hubiera ido mucho peor. Hay tanta gente que le fue mucho peor... No tiene caso hablar del exilio...

–¿Cómo sentiste la vuelta?

–La vuelta... muy contradictoria... Esta democracia es fantástica, ¿no? Entonces te reenamorás de nuevo de la Argentina. Al mismo tiempo chocás con una realidad que te indica que la Argentina cambió mucho, porque uno la idealizó desde el exterior. Yo tenía un punto de referencia que no existe más, amigos que ya no veo, gente que estaba muy cercana con la cual he perdido cercanía, aunque no afecto. Uno cambia afuera; el país también cambió; entonces, el reajuste es muy complicado... De todos modos, creo que me voy acoplando rápidamente...

–¿Te has podido reinsertar?

–Diría que sí. Razonablemente, me encuentro cómodo en el peronismo renovador. Este es un dato importante, porque, francamente, me sentí muy incómodo con las conducciones que el peronismo tuvo en otros tiempos. Me encuentro cómodo políticamente en la Argentina. Me encuentro cómodo en mis diferencias con el gobierno radical. Tengo una gran preocupación, porque no sé para dónde vamos y yo no tengo ideas claras tampoco de para dónde debemos ir. Esto sería motivo de angustia. Veo un proyecto claro en el gobierno radical, con el cual no estoy de acuerdo, pero no tengo respuestas alternativas. Creo que esto nos pasa a muchos... Este sería un pequeño drama...

–¿Creés que va a ser fácil reinsertarse en el peronismo teniendo en cuenta que para algunos sos un innombrable?

–No sé... Creo que soy un innombrable para sectores que han llevado adelante un peronismo que ha fracasado. No sé qué significa un tipo como yo, para el grupo mayoritario del peronismo que lo quiere sacar adelante desde una perspectiva renovadora. No sé si tengo un lugar ahí; si lo tengo, encantado lo cumplo. A mí no me gusta imponer mi presencia si no es grata, si no es bien recibida... Me da la sensación de que tenemos puntos de coincidencia importantes, pero la lucha política es difícil...

–"La Razón" informó que sos asesor de Saadi y que incluso le escribiste algún documento, ¿qué hay de cierto?

–La versión es totalmente falsa pues, aunque respeto al Senador Saadi por la decisión con que enfrentó a la dictadura, creo en la necesidad impostergable de una renovación en el peronismo.

–¿Has tenido conversaciones con gente del peronismo renovador?

–Durante la campaña electoral del año pasado en núcleos profesionales peronistas en los que me moví bastante, en relaciones con diputados, senadores y dirigentes del peronismo, hasta ahora no he encontrado dificultades. A lo mejor es que no tengo pretensiones demasiado altas con respecto a mi protagonismo.

–Claro, pero pensás seguir militando...

–Sin duda, pero a lo mejor el rechazo se produce respecto de gente que pretende protagonismo demasiado importante. En este sentido yo no tengo pretensiones de protagonismo, ni de disputarle a nadie las cosas que está haciendo. Sí me interesa una confrontación de ideas, una militancia en el lugar adecuado, repensar el peronismo... Estas cosas me preocupan más que ser diputado, senador, ministro, o lo que fuere. Y en ese ámbito, en esa tarea, no encuentro dificultades...

–Si vos hoy te tuvieses que definir como peronista ¿qué contestarías?

–Diría que soy un peronista renovador, pero es una respuesta poco precisa, porque lo que habría que preguntarse es qué es lo que queremos renovar; y ahí empiezan las discusiones un poco más complejas. No podría contestar con una etiqueta a qué clase de peronista soy. Creo que hay peronistas de todos los pelambres. Entonces yo diría, como primera definición, soy

partidario de la renovación. ¿Qué renovamos? La metodología, sin duda. En este sentido, creo en la democracia interna del peronismo; creo en la muerte de la verticalidad; creo en la representatividad de abajo hacia arriba; creo en la posibilidad de convivir internamente con gente que no piense exactamente lo mismo, a condición de que resolvamos nuestros conflictos por vía democrática y que el consenso sea el que determine quién debe tener la conducción. Este sería un primer aspecto en el cual tomamos alguna definición, pero no demasiado... Debo decirte que arrastro una gran preocupación hacia el personalismo. Es decir, me encuentro cómodo en un peronismo horizontalizado, a partir de la muerte de Perón, pero la pregunta es si el movimiento popular en la Argentina puede funcionar sin líderes. Ese es el drama. Entonces, ese "me encuentro cómodo en un peronismo horizontalizado", es una situación provisoria. Pareciera que en la opción personalismo–antipersonalismo, el movimiento popular siempre tomó opciones personalistas.

–Y se ve en toda América Latina, por otra parte...

–No sé si en toda América Latina, pero sí en un pedazo muy importante del mapa de América Latina... También está el problema de si renovamos plataformas, programas, etc. En eso no tengo ninguna duda; yo veo que uno de los motivos de nuestro fracaso en el '83, fue dar una respuesta antigua. Creo que la modernización de Alfonsín implica un programa de derecha o de centro moderno, pero le falta vocación de cambio social, pero nosotros tenemos que modernizar la propuesta a los sectores populares. En ese sentido, creo que también hay que renovarse. En cuanto a si hay que renovar la ideología del peronismo, ese es un tema mucho más complejo, más difícil, porque nuestro Movimiento tiene la peculiaridad de ser más importante por las cosas que hizo, que por sus definiciones ideológicas, pues siempre fueron un poco imprecisas. Me da la sensación, de todos modos, que el abanico de posibilidades ideológicas que pudo manejar Perón, no se puede manejar sin Perón; me da la sensación de que no podemos convivir en los mismos términos en que hemos convivido antes, pero esto tiene más dudas que respuestas...